

# Del Inmaculado Corazón de María a María Madre de la Iglesia

(Lc 2,19.35.51; Jn 19,25-27)

Pedro Trigo s.j.\*

El misterio del corazón de María es, en verdad, un misterio escondido. Un misterio lleno de gloria, pero no la de este mundo. Es la gloria de un amor lleno de fe que busca entender para obedecer y así llega a la fecundidad más plena.

La devoción a María es muy sintomática del estado en que se encuentra una cristiandad y específicamente dice mucho del tono espiritual de nuestro cristianismo. La devoción al Inmaculado Corazón de María fue muy representativa de la restauración de la cristiandad que se emprendió en el último tercio del siglo XIX y alcanzó su apogeo a mediados del siglo XX, en vísperas precisamente del Concilio. Por eso el tratamiento en él de María e incluso el lugar donde debía incluirse suscitó un debate muy apasionado y significativo. Al fin se incluyó en el tratado sobre la Iglesia. María es considerada en ese capítulo de la *Lumen Gentium* como Madre de la Iglesia. Creo que este giro del Concilio, que consiste fundamentalmente en insertar la figura de María en los evangelios, dista mucho de ser asimilado. Es lo que ofrezco en este artículo como una invitación a entrar en este proceso, porque creo que en él se juega la fecundidad existencial de esta relación filial con la madre de Jesús.



*María no entendió que Jesús dejara a su familia para fundar la familia de los hijos e hijas de Dios.*

#### **Representante eximia de los pobres de Yahvé**

María aparece retratada en los dos primeros capítulos de Lucas como representante eximia de los pobres de Yahvé, entre quienes hay que contar también a José, a los pastores, a Simeón y Ana.

En tiempo de la monarquía en los dos reinos, Israel y Judá, se reproduce la situación de Egipto, una situación que a Yahvé le resultó intolerable, tanto que suscitó a Moisés para que liberara a los oprimidos de sus opresores. La injusticia engendró la idolatría, tanto la de la riqueza y el poder como la adoración a los ídolos que eran la representación de estas fuerzas históricas. Los reyes (fuera de Ezequías y Josías) no fueron garantes de la alianza y no hicieron justicia a los oprimidos. El fin del reino del norte sojuzgado por Asiria y el del sur a manos de Babilonia patentiza que ya no eran el pueblo de Dios y que, como habían nacido como pueblo de Dios, ya no tenían sustancia, no eran.

En esta situación los pobres de Yahvé (Sof 2,3;3,12.18-20) son los pobres que no desesperan de Dios por causa de su pobreza, de su insignificancia social, de los desprecios, el abuso y abandono. Son los pobres que viven esta situación con libertad interior porque en sus corazones reina Dios, el Dios de las promesas que es su esperanza, la esperanza que sostiene su vida. Son pobres que viven en paz, en la paz que les regala Dios, el Dios en quien creen y en cuya presencia viven (Miq 6,8). Por eso son pobres humanos, cualitativamente humanos. Y una de las manifestaciones de su humanidad es su misericordia con otros pobres, su capacidad de engendrar solidaridad. En los pobres de Yahvé vive el genuino pueblo de Dios, ellos mantienen la alianza.

Pues bien, según Lucas, Jesús nace entre los pobres de Yahvé, ellos creen en el anuncio del ángel: María cree que de ella, la esclava humillada, nacerá el Mesías; los pastores creen que en efecto ya ha nacido en Belén, y no en el palacio de David (que no existía) ni menos en el del rey Herodes, sino que está reclinado en una pesebrera. María y los pastores se alegran de esta salvación de Dios, una salvación paradójica, ya que es desde abajo, desde el no poder y la insignificancia social, pero también desde la fe indomable y desde la docilidad obediente a la palabra de Dios. Por eso cuando María y José van al templo, quien hace el rito de ofrecer a Dios al niño no es el sacerdote sino el anciano Simeón que aguardaba la consolación de Israel.

Y quien hablaba a todos del niño era la viejita Ana, que esperaba también la liberación de Israel. En estos relatos Jesús aparece como el Mesías pobre de los pobres, lleno de la fuerza de Dios que es el Espíritu Santo, pero vacío de cualquier fuerza mundana.

#### **Guardaba todas estas cosas rumiándolas en su corazón**

Pues bien, en ese ambiente nos dice Lucas algo inesperado para los que andamos en busca de privilegios y prodigios, pero muy acorde con el clima de los pobres de Yahvé: es que María como José, no entendía mucho lo que pasaba con su hijo Jesús. Cuando los pastores vienen contando alegres la aparición y el mensaje del ángel, María, dice el evangelista, “guardaba todas estas cosas, rumiándolas en su corazón” (2,19). Cuando Simeón entona ese himno a Yahvé que ha cumplido su promesa, cuando da gracias por el Niño, que es la luz del mundo y la gloria de Israel, “su padre y su madre se quedaron muy admirados de lo que se decía de él” (2,33). Cuando, ante el reproche de María porque se ha quedado en el templo sin avisarles a ellos, Jesús les dice que por qué lo buscaban, que él tenía que ocuparse de lo de su Padre, “ellos no comprendieron lo que les decía” (2,50). Y por eso cuando regresaron a Nazaret, “su madre guardaba todas estas cosas en su corazón” (2,51).

El corazón de María está lleno de fe, pero fe no es visión (Hbr 11,1). Es confianza absoluta, pero no es conocimiento claro y distin-

to de los planes de Dios. ¿Qué significa entonces el anuncio del ángel? Significa nada menos que María participa personalmente del misterio de la encarnación del Hijo de Dios. Pero no significa, como nosotros tenemos propensión a entender, que María sabía cómo iba a realizar el Señor sus planes. Si María, como lo creemos, concibió virgen a Jesús, eso significa que tenía que tener conciencia de que en ella Dios estaba obrando un gran misterio. Éste es el sentido de la escena de la Anunciación. Pero esta escena no debemos entenderla como una narración sino como una representación: Lucas pone en un cuadro plástico en el que se verbalizan los temas de su evangelio, lo que en realidad fue, sí, un acontecimiento, pero sin palabras. La escena, como todas las del evangelio, es verdadera: dice el verdadero sentido de lo que aconteció en María, pero no debemos entenderla como una escena que pudo haber filmado una cámara o como la imaginaron los pintores.

María no dejaba este misterio de lado: al contrario lo rumiaba incesantemente para ponerse a tono, para obedecer. Pero si Jesús tuvo que llegar a su misión a través de señales históricas y de acciones decididas por él (la aparición de Juan Bautista fue la que lo impulsó a salir de su casa y dirigirse al sur del Jordán para recibir el bautismo de penitencia, con la experiencia consiguiente de Dios y del Espíritu), María también tuvo que seguir su camino de obediencia en la oscuridad de la fe.

### ¿Comprendió y aceptó María que Jesús dejara su familia?

El no entender esa respuesta de que Jesús tenía que estar en lo de su Padre se expresó históricamente como no entender que Jesús no se debiera a su familia, cuando todos sus contemporáneos pensaban, por el contrario, que existían en el seno de una familia y por ella y para ella, de tal manera que esa pertenencia los definía. María no entendió que Jesús dejara a su familia para fundar la familia de los hijos e hijas de Dios. De los hechos que realizó Jesús el más chocante para sus contemporáneos, que sigue siendo el más chocante para nuestra cultura venezolana, sobre todo la cultura popular, es el hecho de desconocer a su familia. El que Jesús pudiera decir ¿quién es mi madre?(...) Mi madre y mis hermanos son éstos que están haciendo la voluntad de Dios, que en ese momento consistía en escuchar su palabra (Mc 3,31-35), nos suena muy mal, nos escandaliza. Y sin embargo así fue. Sus familiares quisieron retirar a Jesús de circulación pues les parecía que estaba trastornado (Mc 3,21).

Sus familiares, dice el cuarto evangelio, no creían en él (Jn 7,5). ¿Tenemos que entender que entre ellos estaba su madre? No. Ella seguía dando vueltas en su corazón para ver cómo tenía que seguir acompañándolo. Su fe buscaba entender para corresponder. No parece que le resultara fácil. De hecho en ningún evangelio aparece María ni sus hermanos entre los discípulos de Jesús. Pero el cuarto

evangelio la coloca junto a la cruz. Eso significa que en la hora de la verdad sí dio el paso de dar la cara por él. ¿Lo dio en ese momento o lo había dado antes?. Si lo dio en ese momento, significa que estaba yendo ya en esa dirección. Probablemente lo dio antes.

### María personifica al Israel fiel del que procede Jesús y que es Madre de la Iglesia

¿Qué testimonio da Jesús de su madre en esa hora de la verdad? Al pie de la cruz María es la mujer y el otro personaje aparece como el discípulo. Jesús le dice al discípulo, al único discípulo que, sostenido por el amor de Jesús, se ha mantenido fiel, que su madre, es decir la madre de los discípulos, es esa mujer que es la encarnación del Israel fiel; que en la cruz en la que nace la Iglesia, el discípulo tiene que reconocer por madre a esa mujer que personifica a los pobres de Yahvé. Ésa es su madre. Y a María, a la que personifica a los pobres de Yahvé, le dice que los discípulos de Jesús son sus hijos, que ellos han nacido dolorosamente de su fe. Que ella no se queda sin Hijo, que ella será madre de innumerables hijos. Y por eso desde ese día el verdadero Israel, que es María, estará en la casa del discípulo, en la Iglesia.

Así pues, al pie de la cruz, como herederos de Jesús, se encuentran dos personas. Ambas son definidas por Jesús: Una encierra dentro de sí al Israel de la alianza, al verdadero Israel, en el que se cumplen las promesas, en el que desagua



toda la historia de elección para la salvación de todos los pueblos. Esa persona es la mujer, la virgen de Israel, la que no se ha contaminado con los ídolos, la que ha permanecido fiel. Esa mujer es María, la madre de Jesús, la que lo ha parido con fe, la que lo ha acompañado en la fe. La otra persona es el discípulo. No conocemos el nombre. Es aquel a quien Jesús amaba y el que se mantuvo fiel a ese amor. Representa a todos los discípulos, los que han oído la voz del pastor y lo han seguido, los primeros convocados de entre los hijos de Dios que estaban dispersos, los que comienzan el tiempo definitivo del Reino. Pues bien, a este discípulo, a los discípulos, Jesús les dice que ellos son hijos del Israel fiel, que esa virgen los ha dado a luz con dolor, que ella es su madre. Al pie del que muere rechazado por los dirigentes de Israel, Jesús dice a los discípulos que ellos son hijos y herederos del verdadero Israel. También el evangelista a los que habían sido expulsados de las sinagogas les dice que siguen siendo hijos del verdadero Israel. Eso nada menos representa María. Por eso la vemos a ella orando con los discípulos y recibiendo con ellos el Espíritu Santo.

#### **La espada que le atraviesa el corazón**

Desde lo que llevamos dicho se entiende que la espada que le atraviesa el corazón, ésa que le profetizara Simeón, no será sólo la del calvario. Será antes que eso el dolor de que su hijo se le va. La casa era un pedacito de cielo y sin em-

bargo se va. Si todo estaba tan bien, ¿por qué se tuvo que ir? Se fue a hacerse nuestro hermano. Se fue a llevarnos a todos en su corazón. Obviamente se fue sin pedir permiso. Claro que le podía haber dicho a su mamá que se iba a proyectar fuera de su hogar lo que en esa casa había cultivado. En ella había llegado a ser una persona con el corazón manso y humilde, un corazón en el que mandaba Dios y en el que cabían todos, empezando todos los necesitados por su pobreza o sus pecados. Pero tuvo que despegarse de esa casa e irse al Jordán a cargar con todos para percatarse de que con esa decisión había comenzado el tiempo del Reino. Fue, pues, crucial que dejara su casa. Era un tiempo nuevo y precisaba cauces nuevos. En eso anduvo Jesús: creando esos cauces.

Era una novedad tan inaudita, también por supuesto para el propio Jesús, que sus paisanos y familiares, los que más habituados estaban al Jesús de antaño, fueron los que más dificultad tuvieron para asimilar esta novedad que se abría paso. Por eso sus paisanos despreciaron a Jesús: ellos sabían a qué atenerse respecto de él ya que lo habían visto toda la vida. Nadie recordaba nada malo de su persona, pero tampoco les parecía que tenía talla para lo que se decía de él. Por eso mismo sus parientes quisieron encerrarlo: parecía poseído por un espíritu que a saber dónde lo llevaría. Ellos eran pobres, pero honrados: jamás habían dado que hablar a sus vecinos. No querían por causa de Jesús estar ahora en boca de todos. María sin duda

no compartió estos temores: ella tenía fe en su hijo. Pero más allá de esa confianza de fondo, tampoco tenía palabras para explicarles. ¿Adónde iba su hijo? ¿Qué se le pedía a ella? Sin duda María siguió de cerca la trayectoria de Jesús hasta comprender que su misión no se restringía a haberlo dado a luz y levantado sino que se proyectaba a su lado, como su madre en la fe, como la madre de los discípulos.

Y aparece a su lado precisamente cuando más necesita de su fe: cuando se siente condenado por las autoridades de su pueblo y abandonado por los suyos e incluso por su Padre. El dolor insondable de María no es sólo el de una madre por su hijo inocente asesinado injustamente. Es también el del Israel fiel al ver cómo los representantes del Dios de la alianza condenan al que personifica la alianza por pertenecer a las dos orillas y mantenerlas unidas al precio de morir desgarrado.

Para el cuarto evangelio la cruz es ya también el comienzo de la exaltación, de la glorificación del Señor. Pues bien, de esta dolorosa exaltación forman parte la Mujer y el discípulo. Ellos testifican que su muerte no ha sido estéril: ellos son los frutos de su vida. En el momento del rechazo airado de los jefes de Israel que lo llevan a la muerte más ignominiosa, María es el Israel fiel por el que se cumple el plan del Dios de los padres. En el momento de la defección de los discípulos (abandono, negación y traición) el discípulo representa la nueva humanidad en ciernes. Esa nueva humanidad tiene por madre a María.

***Para el cuarto evangelio la cruz es ya también el comienzo de la exaltación, de la glorificación del Señor. Pues bien, de esta dolorosa exaltación forman parte la Mujer y el discípulo... En el momento de la defección de los discípulos (abandono, negación y traición) el discípulo representa la nueva humanidad en ciernes. Esa nueva humanidad tiene por madre a María.***

El misterio del corazón de María es, en verdad, un misterio escondido. Un misterio lleno de gloria, pero no la de este mundo. Es la gloria de un amor lleno de fe que busca entender para obedecer y así llega a la fecundidad más plena.

\*Miembro del Consejo de Redacción.